

# GIBRALTAR Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

*Michael Alpert*

*Universidad Politécnica de Londres*

## I

Durante la guerra de 1914-1918, la imagen popular de solidez y de permanencia que Gibraltar proyectaba en Inglaterra, adquirió aún más intensidad por ser el Peñón el primer lugar de visita de los transportes de tropas que se dirigían al Oriente Medio y a la Africa Oriental en busca de la Ciudad del Cabo y de allí a la India y al Extremo Oriente. Para las tropas la vista del Peñón —«la Roca» por antonomasia en el habla popular inglesa— significaba que estaban bajo la protección de la Marina Real, a la sombra de su imagen más conocida y más físicamente representativa<sup>1</sup>.

Sin embargo, Gibraltar no era todo lo que aparentaba ser. La nueva artillería de los buques de guerra era más poderosa que los cañones emplazados en el Peñón. Más amenazador para el futuro eran los submarinos alemanes que pasaban a sus anchas y desapercibidos por el Estrecho, con los consiguientes estragos para el tráfico naval, hasta el punto de que, sólo dos días antes de terminarse la guerra, y a la altura del Cabo Trafalgar, un submarino hundió un acorazado inglés de 16.000 toneladas.

Si Gibraltar había funcionado como base de primera importancia entre 1914 y 1918, era quizás porque España se lo había consentido. Gibraltar importaba agua y víveres de España y necesitaba la mano de obra del Campo de Gibraltar para trabajar en el Arsenal de su base naval. Era solamente porque España no tenía aliados en la zona por lo que Inglaterra había podido obligarla a abstenerse de emplazar artillería pesada en la bahía de Algeciras. Gibraltar, fácil blanco desde el mar, no podía defenderse contra el ataque aéreo ya que la defensa antiaérea tendría que ser emplazada precisamente dentro del perímetro del blanco hipotético. Esta situación y el hecho de que la base carecía de pista de aviación —que empezaría a construir sólo en 1938— señalaba el comienzo del fin de su reinado como base principal.

<sup>1</sup> No debe desdeñarse la semiótica religiosa en este contexto. El empleo metafórico del sustantivo «Roca» para significar la divinidad, era en aquella época muy conocido entre todas las clases, acostumbrados como estaban a los himnos del rito anglicano tales como el célebre «Rock of Ages». La población conocía perfectamente por los oficios religiosos del colegio y por las ceremonias eclesíásticas radiodifundidas, estos himnos y el lenguaje de la Biblia. Los militares y los marinos los oían cada domingo también. Llamar a Gibraltar «la Roca», le daba cierta aura de eternidad.

Algunas de las personas entendidas —militares y marinos de alta graduación— reconocían la posición, siendo entre ellos corriente el deseo de aceptar la solución, prescrita a menudo, de cambiar Gibraltar por Ceuta. Hubo puntos en contra del cambio, especialmente el contraste entre la presencia en Gibraltar de una población dócil, acostumbrada a la administración paternal, en comparación con la existencia en Ceuta de una población indígena que pudiera cooperar con la del «hinterland» para realizar sus reivindicaciones irredentistas<sup>2</sup>.

Ninguno de estos argumentos, sin embargo, era tan convincente como el del temor entre todos los sectores políticos ingleses a sugerir el abandono de Gibraltar, sugerencia que hubiera sido enérgica y mordazmente condenada por la prensa de todos los colores.

En 1936 no se discutía en público la utilidad de la base. Para todos era evidente que Gibraltar controlaba la entrada del Mediterráneo y las rutas imperiales británicas hacia Malta, Chipre, Palestina, Suez y el Oriente. Por el Estrecho pasaba una gran proporción del tráfico mercante, mayoritariamente en barcos abanderados en Gran Bretaña. La presencia inglesa en el Peñón aseguraba el dominio inglés de toda la zona.

Dentro de la colonia la sociedad estaba dividida social y culturalmente. Los dieciocho mil gibraltareños eran dominados por los estamentos comercial, militar y naval, ayudados por la administración colonial. El órgano de opinión —o más bien de información— era el «Gibraltar Chronicle and Official Gazette», voz de la administración y de la guarnición militar<sup>3</sup>. Los estamentos dominantes simpatizaban con los sublevados del 18 de julio, mientras los elementos de la población obrera que estaban en contra no podían expresar libremente sus opiniones.

Inglaterra en el verano de 1936, reaccionó de modo variado a las noticias de la sublevación militar en España. Pero la constante de la política gubernamental del jefe del Consejo, Stanley Baldwin, cuya política extranjera era dirigida por el brillante y joven Anthony Eden, era quedarse absolutamente fuera del ruedo español. Tal política se revela también implícitamente al no encontrarse en los archivos ninguna declaración de que Gran Bretaña debiera ayudar —o por lo menos no estorbar en aras de una declarada neutralidad— la acción policíaca del Gobierno español al suprimir una sublevación de un sector de sus fuerzas armadas. Este supuesto informa implícitamente todos los debates acerca de lo que debería ser la política a seguir en Gibraltar cuando al principio de la Guerra Civil se suscitó la cuestión de la relación de la colonia con las fuerzas españolas en presencia.

## II

Frente al conflicto español, la política inglesa se plasmaría en agosto en la conocida No-Intervención, junto con la negativa a reconocer la beligerancia de ninguno de los bandos. La premisa de tal política era que, evitando mezclarse en conflictos

<sup>2</sup> Véase GEORGE HILLS: *Rock of Contention; A History of Gibraltar*, Londres (Robert Hale) 1974, pp. 398-409.

<sup>3</sup> Este órgano se encuentra archivado en la Public Record Office de Kew y no en la Hemeroteca, lo cual indica su carácter oficial.

dentro de países considerados como inestables y de poco peso —tal era el cuadro de España presentado por los diplomáticos— se alejaría la posibilidad de una nueva guerra mundial. Por otra parte y unido a cierta admiración por los logros de los dictadores de derecha, había un temor visceral a la revolución.

Gibraltar fue tocado en seguida por la guerra. Entraron en la colonia varios miles de refugiados atemorizados. Muchos eran ciudadanos ingleses residentes en la vecindad o en otras partes de Andalucía; otros eran gibraltareños residentes en el Campo de Gibraltar, y muchos eran españoles que huían primero de los excesos revolucionarios y luego de la reacción cruel realizada por las fuerzas sublevadas<sup>4</sup>. Más significativo aún fue el espectáculo de moros y legionarios en La Línea y de aviación volando en el Estrecho y atacando la navegación, y la resultante caída de metralla en la plaza inglesa.

Los acontecimientos se sucedían con tanta rapidez que no había tiempo para que en la capital inglesa se tomaran las oportunas decisiones, mucho menos de discutir las reposadamente. En algunos casos Londres se limitaba a aprobar una situación ya de hecho. Gibraltar llegó entonces a ser para Londres el árbitro de su política<sup>5</sup>. Tal fue el caso con las decisiones más inmediatas que tuvieron que adoptarse en la colonia referentes a la cuestión de los buques de la Flota gubernamental.

### III

Los días 19 y 20 de julio, habiéndose amotinado contra sus jefes, a quienes sospechaban de desafección, las dotaciones de la Flota se dirigieron a Tánger, faltos de combustible, de víveres y de agua dulce. Puesto que el Estatuto de Tánger prohibía el empleo de la rada como base de acción militar y a pesar de que el Gobierno aseguró a la Flota de que tenía el derecho de petrolearse en Tánger, por tratarse de una acción de policía interna, el Comité de Control de la ciudad, presidido por el cónsul —general italiano, y el general Franco, que envió una serie de ultimátums— insistía en la expulsión de la Flota republicana. Esta, entonces, no encontró petróleo en Tánger y tuvo que salir. Pero le estaban vedados todos los otros puertos de la zona por estar ellos en manos de los sublevados.

En realidad, no se sabía a título firme cuál era la situación a bordo de los buques. Pero, puesto que se habían capturado mensajes radiados desde los buques a Madrid, se rumoreaba que la oficialidad estaba presa y que algunos habían muerto.

En Tánger y en Gibraltar se sospechaba que la Flota era todo menos gubernamental y que no respondía a las órdenes de Madrid. El comandante de un destructor inglés comunicó, después de haber hablado con el comandante de un buque español, todavía en funciones, que la Flota era mandada por un Soviet bajo las órdenes de

<sup>4</sup> El «Gibraltar Chronicle» informó el 22 de julio que cinco mil refugiados habían pasado la frontera, encontrándose en un campamento improvisado en el North Front. En contestación a una pregunta en el Parlamento inglés del 27 de julio, el ministro para Colonias declaró que hasta nueve mil habían llegado entre españoles y personas de nacionalidad inglesa residentes en el Campo de Gibraltar (Documentos del Foreign Office archivados en la serie FO 371 del Public Record Office; W7247/62/41).

<sup>5</sup> Agradezco a José España - Guerrero, que está preparando una tesis doctoral sobre el tema, el haberme ayudado a formular esta interpretación.

un suboficial<sup>6</sup>. Los oficiales ingleses de los buques anclados en la bahía de Tánger, ignorantes de los detalles de la sublevación, sin poder observar en los puentes de mando de los buques españoles a ningún oficial, recibieron y comunicaron en sus informes a Gibraltar, desde donde pasaron al Almirantazgo en Londres y al Foreign Office, una impresión que no podía sino alarmar a las autoridades del Peñón. El 21 de julio, Franco había enviado un mensaje al Comité de Control tangerino avisándole que los «rojos» tenían la intención de atacar las ciudades abiertas de la zona y a Gibraltar<sup>7</sup>. Señaló los buques españoles como piratas. Desde luego, la Flota gubernamental había recibido órdenes de cañonear blancos militares en Ceuta, pero era falso que hubiera pensado atacar Gibraltar.

En la noche del 21 de julio, seis buques gubernamentales entraron en la rada de Gibraltar, fondeando en el muelle exterior, muelle aislado y a gran distancia de la plaza, en la esperanza de poder petrolear allí. Su presencia planteó inmediatamente la cuestión de la actitud inglesa hacia el conflicto español. Los sucesos parecían poner en peligro importantes intereses ingleses. Puesto que la política de No - Intervención no había sido aún formulada, eran las mismas autoridades del Peñón las que tuvieron que decidir su posición<sup>8</sup>.

Gibraltar podía ser amenazada por una España hostil. El valor estratégico del Peñón sería limitado si no se podía garantizar el paso libre por el Estrecho. Pero para ambos bandos españoles el dominio del Estrecho era de una importancia soberana, por la centralidad del ejército de Africa en el éxito de la sublevación militar. Todos los puertos de Marruecos, y Algeciras también, estaban en manos de los sublevados. Las autoridades de Tánger estaban deseando expulsar la Flota. Como se verá, las autoridades de Gibraltar y el estamento comercial mantendrían una actitud hostil a lo que creían era una flota bolchevizada.

El día 21, el embajador español en Londres preguntó al subsecretario de Asuntos Exteriores, Lord Cranbourne, si la Flota gubernamental podría petrolear en Gibraltar. La decisión inglesa era que esto era un asunto puramente comercial y que el Gobierno inglés no presionaría a las compañías comerciales del Peñón en un sentido ni en otro. Londres aprobaba la negativa de Gibraltar a enviar un buque cisterna a Tánger, tal como había sido pedido, ya que la aviación de los sublevados era activa<sup>9</sup>.

Tal era la contestación más adecuada, dada la resolución inglesa de no tomar una línea firme para favorecer al régimen español reconocido, contra los rebeldes. Las reglas de la neutralidad exigían que se proporcionara suficiente combustible para que un buque beligerante llegara a su base más próxima, pero el aplicar estas reglas sería peligroso ya que hubiera significado reconocer un estado de neutralidad, y de ahí de beligerancia, con los privilegios para los beligerantes que esto acarrearía según el derecho internacional.

<sup>6</sup> Documentos del Almirantazgo ADM 116/3052, citado por el Almirante Sir PETER GRETTON: *El factor olvidado: la Marina Británica y la guerra civil española*, Madrid (San Martín) 1984, p. 58.

<sup>7</sup> El texto del mensaje del general Franco se encuentra reproducido en R. CEREZO: *Armada española, siglo XX*, Madrid (Ediciones Poniente), tomo IV, 63.

<sup>8</sup> Gibraltar estaba en comunicación directa radiotelegráfica con Londres pero el protocolo de la canalización de mensajes primero al Almirantazgo o al ministerio de Colonias, ocasionó inevitables demoras.

<sup>9</sup> F0371 6754/62/41 del 21 de julio.

La posición de Madrid era que se estaba realizando una operación de policía interna. Una lectura de la documentación inglesa revela que algunos funcionarios reconocían que tal debería de ser el caso<sup>10</sup> pero la política inglesa durante el resto de la guerra insistiría en tratar a los dos bandos de forma imparcial. Sería una política que traería un sinfín de sinsabores para el Gobierno inglés.

Ahora bien, tal política se formó a base del prejuicio de las autoridades del Peñón. Cuando, por ejemplo, el cónsul-general de España en Tánger, aislado entre sus colegas, pidió el envío del buque-cisterna para que la Flota llenase sus depósitos antes de abandonar Tánger, el contra-almirante jefe de la base de Gibraltar hizo caso omiso del pedido («I ignored it», diría), lo cual comunicó a Londres, que dio su aprobación<sup>11</sup>.

Casi no era necesario el mensaje de Franco al gobernador de la plaza:

«Barcos de la marina española se dirigen desde Tánger a esa plaza intentando petrolear. El estado de sus dotaciones es de franco comunismo. Los jefes y oficiales fueron apresados cuando no muertos y heridos... no conviniendo a los intereses de España le facilite petróleo ni se le permita petrolear en aguas inglesas a estos buques, ruego a V.E. llegar Gobierno de Su Majestad estas circunstancias con el fin de que cuanto antes termine el estado anárquico que la presencia de estos barcos fomenta en el Mediterráneo»<sup>12</sup>.

Al llegar la Flota y echar anclas en el muelle exterior de Gibraltar, un oficial inglés visitó el buque-insignia. Sin lograr ver al comandante, en las palabras de su informe, comunicado al contra-almirante de Gibraltar y directamente al Almirantazgo en Londres con copia para el Foreign Office,

«...se presentó un individuo vestido de capitán de fragata, que había olvidado ponerse los calcetines»<sup>13</sup>.

El «individuo» en cuestión era el capitán de fragata don Fernando Navarro, recién nombrado jefe de la Flota. Lo informal de su presentación se debía quizás a que desde hacía tres días no había habido agua dulce para lavarse el cuerpo ni la ropa, y que Navarro había ido apresuradamente desde Madrid a la base aeronaval de San Javier, había sido apresado allí, liberado unas horas más tarde, y se había embarcado en un destructor en Cartagena, ido a Tánger para tomar el mando de la Flota y de allí a Gibraltar, todo en el espacio de tres días. Su estado físico no iba a estar de la altura de la corrección. El poco interés del oficial inglés es comprensible, no así el del contra-almirante, que debía de haberse enterado de lo que en efecto había ocurrido<sup>14</sup>.

<sup>10</sup> FO371 7171/62/41.

<sup>11</sup> FO371 7250/62/41.

<sup>12</sup> D. SUEIRO: *La Flota es roja*, Barcelona (Argos Vergara) 1983, pp. 219-220. No hemos encontrado copia de este mensaje en los archivos ingleses aunque no dudamos de su veracidad.

<sup>13</sup> Citado por GRETTON, p. 59.

<sup>14</sup> Durante toda la guerra, esta clase de información era preservada y comunicada a Foreign Office. Aunque parezca extraño, no hay constancia de que el Gobierno inglés emplease más que a sus representantes diplomáticos y a los de sus ciudadanos que visitaban España, entre los cuales, por cierto, los oficiales de Marina eran los más expertos en discriminar entre información importante y efímera, para completar la información sobre la cual basaba la política. Tan poca era la información que se tenía sobre la Flota gubernamental, que más tarde, cuando un simple marinero reconocía a un ex-compañero a bordo

Las compañías comerciales de combustibles no querían vender petróleo y carbón a la Flota sin consultar con sus sedes en Londres. Además, dudaban de la situación a bordo de los buques republicanos. ¿Serían pagados o no?<sup>15</sup> La táctica parecía de demora. Las empresas no querían ir contra la opinión de las autoridades navales. Por otra parte, dada su posición en la sociedad y sus relaciones con el territorio andaluz limítrofe, simpatizaban con los sublevados. Como escribía el contra-almirante jefe de la base, si se diera combustible a los «rojos», éstos bombardearían Ceuta, Algeciras y otras ciudades en manos de los sublevados, poniendo así a riesgo vidas y propiedad inglesas<sup>16</sup>.

La Flota, entonces, levó anclas a las tres de la tarde del día 22, dirigiéndose a Puente Mayorga en norte de la bahía y cañoneando La Línea. La aviación de los sublevados bombardeó la Flota y el consiguiente fuego antiaéreo dejó caer metralla en la Bahía de los Catalanes y en el techo del Hotel Rock, lo cual fue seguido por protestas a ambos bandos por la administración gibraltareña<sup>17</sup>.

Si hemos dedicado tanta atención a este episodio, es porque refleja una constante en el conflicto. Se reconocía al Gobierno de la República, pero se temía la revolución. En el caso de la Marina de guerra, el temor era particularmente agudo, ya que el siglo XX había visto varias rebeliones a bordo como prolegómenos a la revolución: el acorazado Potemkin y la base de Kornstadt habían encendido la antorcha de la revolución rusa; Kiel hubiera podido ser la punta de lanza de una revolución alemana; había habido amotinamiento en la flota francesa en el Mar Negro en 1918 y, más recientemente, a raíz de las reducciones presupuestarias y de paga de 1931, se había producido un «plante» en la base escocesa de la Marina Real en Invergordon.

En realidad, la Flota gubernamental, apresados sus oficiales, se había declarado totalmente leal al Gobierno republicano, pero no encontramos en la documentación, una explicación clara de esto ante el Gobierno inglés. Sin embargo, no podía esperarse del Gobierno inglés, ni de muchos otros de la época, y desde luego no de las autoridades de una colonia como Gibraltar, que reconociesen la situación como la de un gobierno que luchaba contra una sublevación, y no como las fuerzas de orden reaccionando contra las de la anarquía. Evitar mezclarse en los asuntos internos de España, reconocer la fuerza superior de los sublevados en el aire y los intereses personales y comerciales de las comunidades inglesas de Marruecos y el peligro mayor de oponerse a Franco que a la República, eran factores que hicieron que Londres empujase una puerta ya abierta cuando comunicó que no podía recomendar que se permitiese a la Flota gubernamental ni quedar en aguas gibraltareñas ni que los comerciantes le abasteciesen de petróleo ni que se enviara un petrolero para proporcionarle combustible en Tánger.

Durante el mes de agosto se dedicó mucha atención en Londres a la posición de Gibraltar en el caso de que la Flota gubernamental pidiera otra vez utilizar la bahía de Gibraltar. Siguiendo la insistencia de las autoridades del Peñón, el fin se decidió que no se permitiría la estancia de buques gubernamentales ni sublevados. La posi-

de un buque español, cualquier información que el marinero inglés podía obtener, se comunicaba a Londres. No era, por cierto, el mundo del agente secreto, aunque había informantes españoles, se supone a sueldo.

<sup>15</sup> FO 371 W6747/62/41.

<sup>16</sup> FO 371 W6754/62/41.

<sup>17</sup> «Gibraltar Chronicle», 23 de julio de 1936.

ción inglesa se basaba no en cuestiones de neutralidad ni en el no reconocimiento de beligerancia, sino en lo que se percibía como la seguridad y conveniencia de la colonia y de Inglaterra. La consecuencia de la decisión era más severa para los gubernamentales que para los sublevados ya que, en todo caso, Gibraltar demostró una actitud más tolerante con éstos. Cuando Franco envió al general Kindelán a Gibraltar para presentar sus excusas por los ataques indiscriminados de la aviación contra mercantes en el Estrecho, Kindelán recuerda de su corto viaje del 23 de julio de 1936:

«Bien acogido por los ingleses, que accedieron en parte a nuestras propuestas, aproveché la oportunidad para dar cuenta oficial del Movimiento por telégrafo a varias naciones extranjeras y a don Alfonso XIII»<sup>18</sup>.

Más seria quizás es la acusación de que desde Gibraltar se transmitía información sobre los movimientos de la Flota gubernamental. El encargado de negocios alemán informó desde Alicante el 16 de octubre de 1936 que Gran Bretaña proporcionaba por Gibraltar municiones a los sublevados<sup>19</sup>. Esto fue confirmado por un conocido aviador «nacional» el cual también habla de la comunicación de datos sobre los movimientos republicanos<sup>20</sup>.

#### IV

Poco tiempo después de haberse tranquilizado la situación, un informe periodístico de 11 de enero de 1937<sup>22</sup> suscitó temores de que los emplazamientos de artillería antiaérea y costera en la bahía de Algeciras y la costa marroquí, significaban peligro para la colonia. El 7 de abril, Lord Faringdon, polemista pro-republicano, ofreció en la Cámara de los Lores detalles de estos emplazamientos<sup>23</sup> detalles probablemente obtenidos por informaciones civiles dentro del territorio controlado por los sublevados, y transmitido al Lord Faringdon para que sacase a la luz una cuestión que los departamentos del Gobierno inglés preferían callar. El gobernador de Gibraltar, el general Harington, expresó sus temores a Londres el 11 de abril en lo que se refería a la artillería costera de gran calibre, que pudiera representar un peligro para la navegación<sup>24</sup>. El cónsul-general inglés en Tetuán, interpelado a su vez por el Foreign Office, comunicó el 5 de mayo que la información de Faringdon no podía ser verificada porque se guardaba riguroso secreto, sobre todo en lo que se refería a las baterías de 305 cms. que, según Lord Faringdon, los alemanes habían instalado en Cabo Tres Forcas<sup>25</sup>. El Gobierno mantuvo su actitud de que los departamentos de

<sup>18</sup> ALFREDO KINDELÁN: *Mis cuadernos de Guerra*, Madrid (Plus-Ultra), s. f. (¿1945?), p. 19.

<sup>19</sup> *German Documents on Foreign Policy*, Series D, Vol. III, Londres (HMSO), 1951, documento 100. «Gran Bretaña», por supuesto, no proporcionaba municiones. El diplomático alemán no distinguía entre la ayuda dada a los «nacionales» por orden oficial alemán, y el ocasional paso de contrabando de armas por particulares, fenómeno que el Almirantazgo sospechaba había ocurrido entre el Peñón y Ceuta y que las autoridades inglesas deseaban suprimir (véase ADM 116/4084 del 9 de diciembre de 1936).

<sup>20</sup> JOSÉ LARIOS: *Combate sobre España*, Madrid (San Martín), 1982, p. 171.

<sup>21</sup> Información de José España Guerrero.

<sup>22</sup> «Daily Telegraph» (Londres).

<sup>23</sup> FO 371 W4564/95/41.

<sup>24</sup> FO 371 W4730/95/41.

<sup>25</sup> FO 371 W6222/95/41.

Guerra y Marina estaban constantemente evaluando la situación, frente a una avalancha de interpelaciones parlamentarias durante el verano de 1937. Un debate del 26 de julio de 1938 descubrió sospechas de que el silencio oficial encubría una desgana de revelar que el Gobierno conocía la extensión de la actividad alemana en España, revelación que hubiera sido incómodo en el contexto de los esfuerzos que se estaban haciendo para mantener la renqueante política de la No-Intervención en la guerra española. A pesar de la información que había recibido, la contestación oficial del Gobierno a las interpelaciones de los diputados era que el incremento de la artillería costera era comprensible dado el peligro que suponía la presencia de la Flota republicana<sup>26</sup>.

La preocupación del general Harington por la artillería alemana, se difuminó pronto. El 15 de febrero de 1939, en un discurso, insistió en que los grandes obuses, de los que sólo (sic) había habido cuatro, habían sido mudados a otros frentes<sup>27</sup>.

## V

De más inmediata preocupación al principio de la guerra civil, fue el problema del bloqueo impuesto por la Flota gubernamental en un momento en el que las autoridades locales tenían que responder enseguida a las situaciones creadas.

El 23 de julio de 1936, Madrid declaró la región del Estrecho zona de guerra y el 3 de agosto se obligó a un mercante alemán, el «Sevilla», a seguir las órdenes de un destructor español, impidiéndosele ir a Ceuta<sup>28</sup>. Sin embargo, la noche del 5 al 6 de agosto, el alemán «Usaramo» entró sin dificultad en un puerto sublevado con un cargamento de material militar.

La declaración oficial del bloqueo vino el 13 de agosto<sup>29</sup>. Gran Bretaña se negó desde el principio a reconocer el bloqueo. Sin embargo, las órdenes que el almirante inglés con mando en la zona recibió desde Londres eran equívocas. Tendría que proteger el tráfico marítimo comercial pero no aconsejar a los mercantes que forzasen el bloqueo si existía un riesgo de intervención armada por la Flota gubernamental. Precisamente el inglés «Marklyn» fue parado y visitado el 6, con una protesta inglesa muy suave<sup>30</sup>. La reacción alemana tampoco era violenta al principio, mandándose que los mercantes alemanes no entrasen «por el momento» en puerto sublevados<sup>31</sup>. La marina de guerra alemana, con una presencia imponente en el Estrecho, no recibió orden de atacar a buques de guerra españoles que interfiriesen con su tráfico. Tal era la situación hasta que, el 18 de agosto, el alemán «Kamerún» fue interceptado por un crucero gubernamental, el «Libertad». El barco alemán había burlado el bloqueo, ya que el día 10 se encontraba descargando en Cádiz<sup>32</sup>. Esta

<sup>26</sup> Véase discusión de las interpelaciones y la manera de contestarlas en FO 371 8619/95/41. La alarma era mucho mayor de lo que se quería admitir, sobre todo en el Almirantazgo.

<sup>27</sup> Hills, p. 418.

<sup>28</sup> FO 371 W9669/12/41.

<sup>29</sup> Véase «Diario Oficial del Ministerio de Marina».

<sup>30</sup> FO 371 W9669/12/41.

<sup>31</sup> Véase S. W. TANNER: *German naval intervention in the Spanish Civil War as reflected in the German records 1936-1939*. Tesis de The American University (Washington D. C.) 1976, p. 66.

<sup>32</sup> *Ibid.* 82. El bloqueo era afectivo, aunque todavía no declarado.



vez llevaba gasolina de aviación. Al fin, el «Kamerún», y otro alemán, el «Wigbert», consiguieron burlar la marina gubernamental, diciendo que se dirigían a Génova y que pasaban por Cádiz sólo para recoger a refugiados. No se les ocupó el cargamento, que descargaban en Lisboa, desde donde los portugueses facilitaron su transporte a la zona sublevada<sup>33</sup>.

Aparte la ilegalidad del bloqueo, en la cual insistía el Gobierno inglés, basándose en el no-reconocimiento de un estado de guerra y en la ficción de no reconocer beligerancia a los dos bandos, las autoridades navales de Gibraltar también se negaron a reconocer que la marina de guerra que había asesinado a sus oficiales y era gobernada por un «soviet», tuviera el derecho de interferir el tráfico. La cuestión se complicaba por la insistencia de la República en que el límite de aguas territoriales —en las cuales se podía legalmente parar mercantes extranjeros— era de seis millas en vez de las tres normalmente reconocidas. Entonces, el encargado de negocios inglés en Madrid, recibió la orden de negar ante el Gobierno español, el reconocimiento del bloqueo<sup>34</sup>.

La sección del mar donde el conflicto iba a presentarse sería el Estrecho de Gibraltar. Precisamente el 23 de agosto el destructor inglés «Codrington», ayudado por el crucero acorazado «Repulse», tuvo que proteger al «Gibel Zerjón», de la línea gibraltareña «Bland», que hacía la travesía a Melilla, contra el crucero «Cervantes»<sup>35</sup>.

En realidad, el bloqueo fue llevado con pies de plomo. El 24 de agosto, por ejemplo, entre otros muchos mensajes, el jefe del Gobierno y ministro de la Marina de la República, Giral, le dijo al teniente de navío Prado, jefe de Operaciones de la Flota:

«Dé las órdenes necesarias para que no surja conflicto alguno con buques extranjeros...»<sup>36</sup>.

En total, entre la proclamación del bloqueo y el mes de septiembre, cuando la Flota gubernamental abandonó el Estrecho, hubo posiblemente doce incidentes<sup>37</sup>.

<sup>33</sup> Véase *German Documents*, n.º 52 del 22 de agosto de 1936.

<sup>34</sup> FO 371 9217, 9264 y 9066/62/41 desde Londres a Madrid y a San Sebastián donde se encontraba el embajador.

<sup>35</sup> La documentación sobre el caso del *Gibel Zerjón* se puede ver en ADM 116/3051 y FO 371 9607/6700/41.

<sup>36</sup> SERVICIO HISTÓRICO DEL ESTADO MAYOR DE LA ARMADA (Madrid) 062-1 - 284K.

<sup>37</sup> Hemos podido comprobar los siguientes incidentes (véase CEREZO, tomo III, pp. 85-93:

<i>Fecha</i>	<i>barco</i>	<i>nacionalidad</i>
25 de julio	Sebú	alemán
4 de agosto	Sevilla	alemán
16 de agosto	Marklyn	inglés
18 de agosto	Kamerún	alemán
19 de agosto	Delia	italiano
21 de agosto	Lahneck	alemán
22 de agosto	Gibel Zerjón	inglés
23 de agosto	Ambar	portugués
26 de agosto	Nereide	italiano
28 de agosto	San Antonio	portugués
7 de septiembre	Stomboli	noruego
14 de septiembre	PLM 28	francés

Algunos barcos alemanes e italianos siguieron entrando en puertos sublevados, en general escoltados por buques de guerra de su propia nacionalidad, lo que fue confirmado por el contra-almirante con mando en Gibraltar<sup>38</sup>. El fracaso del bloqueo sólo hizo más insistente el argumento que no se debía de reconocer porque no era efectivo, argumento que se emplearía en 1937 contra el bloqueo «nacional» de los puertos republicanos del norte de España.

La negativa de las autoridades gibraltareñas, apoyadas por Londres, a reconocer que la supresión de la sublevación militar constituyese una acción de policía interna, y la insistencia en verla como una guerra entre dos partes iguales, dificultó los movimientos de la Flota republicana que no poseía una base más cercana que Málaga, a tres horas del Estrecho. La hostilidad emanada del Peñón, y el temor por parte de Madrid de enemistarse con las grandes potencias sobre la cuestión del bloqueo, hicieron que la presencia de la Flota gubernamental se juzgara inútil, por lo cual, además de por otros motivos, zarpó al norte en septiembre de 1936. Cuando dos cruceros «nacionales» hicieron una incursión en la zona, hundiendo un destructor republicano y haciendo huir a otro, se puede decir que la guerra en el mar se había ya perdido para la República, y la cadena de circunstancias nos devuelve a los informes sobre el carácter de la Flota gubernamental emitidos por la Marina Real con base en Gibraltar el 21 y 22 de julio de 1936.

## VI

La autoridades «nacionales» reaccionaron a diferentes maneras a la actitud inglesa. El almirante Cervera, jefe del Estado Mayor de la Armada, escribió «Las autoridades de Gibraltar, entregados a los “rojos”...»<sup>39</sup>. Extraordinaria declaración, hasta que se considera que Cervera pensaba en las dificultades experimentadas por el bloqueo «nacional» cuando buques de guerra ingleses protegían el tráfico comercial inglés rumbo a puertos republicanos. Pero habla Cervera también de «...los Almirantes y los mandos que tuvimos ocasión de tratar estaban en desacuerdo con la política de rigor que querían imponernos, y recibimos alientos de amigos afectos a nuestra causa»<sup>40</sup>. En general, los marinos ingleses mantenían relaciones personales muy amistosas con los sublevados, lo cual era de esperar dada su clase social y su actitud general, además de los episodios de amotinamiento y de asesinato de oficiales que habían acompañado los primeros días de la guerra en los buques que formarían la Flota republicana. Más de una vez el Foreign Office tuvo que pedir al Almirantazgo que exigiera un comportamiento más distante por parte de los marinos ingleses cuando

<sup>38</sup> FO 371 W9443/62/41. Del libro de CEREZO comprobamos la llegada de los siguientes barcos:

<i>Fecha</i>	<i>barco</i>	<i>nacionalidad</i>	<i>puerto</i>
3 de agosto	E. Morandi	italiano	Melilla
5/6 de agosto	Usaramo	alemán	Sevilla
10 de agosto	Stahleck	alemán	Sevilla
10 de agosto	Kamerún	alemán	Sevilla
14 de agosto	Atlas	alemán	Sevilla
31 de agosto	Lahneck	alemán	Sevilla

<sup>39</sup> J. CERVERA: *Memorias de guerra...*, Madrid (Editora Nacional), 1968, p. 55.

<sup>40</sup> *Ibid.*

visitaban puertos en manos sublevadas<sup>41</sup>. El origen de esta actitud se remonta sin duda al tono dado por Gibraltar, base de las unidades navales inglesas en el Mediterráneo occidental.

Por otra parte, ambos bandos españoles se guardaron de referirse en términos hostiles a Gibraltar, aunque los publicistas ingleses se aprovechaban de posibles ejemplos de lo contrario. Por ejemplo, se dijo que en un discurso del general Queipo de Llano pronunciado en La Línea el 2 de marzo de 1938, con altavoces que llevaban sus palabras a la colonia inglesa, el general había proferido amenazas al dominio inglés del Peñón. El Foreign Office encontró necesario contestar a la inevitable interpelación parlamentaria, sugiriendo que Queipo quizás no representaba la posición oficial de la España «nacional». La agencia de prensa de los sublevados en Londres negó que Queipo hubiera pronunciado las palabras ofensivas y la derecha inglesa subrayó un texto semejante de un diario de Barcelona, lo cual enterró el tema<sup>42</sup>.

Una vez que la mayor parte de los refugiados, incluso novecientos «indeseables», fueron repatriados a una u otra zona de España, las autoridades gibraltareñas pudieron volver a la semi-normalidad, marcada por el restablecimiento el 8 de noviembre de 1938 de la Real Caza Calpense, de la cual el general Harington era un entusiasta.

Si esta última observación parece pecar de frivolidad, queremos insistir en la frivolidad esencial de la política británica hacia España. El Foreign Office, basándose en la premisa falsa de que, si las democracias se abstuviesen de mezclarse en los asuntos de países lejanos, Italia y Alemania quedarían apaciguados y sin temores justificados de que Inglaterra y Francia les quisieran acorralar<sup>43</sup>, hizo caso omiso del esencial egoísmo de las autoridades gibraltareñas. Sin preocuparse por enterarse de la verdadera situación en Marruecos y en el Estrecho, y por la verdadera naturaleza de la sublevación, con el posible peligro que un régimen hiper-nacionalista supondría para Gran Bretaña, el Foreign Office abandonó a un país reconocido. Tolerando el emplazamiento de artillería alemana y la interferencia abierta de buques de guerra extranjeros y aviación alemana e italiana, conocida desde su llegada, presencia que la diplomacia inglesa se desvelaría por evitar admitir conforme iba avanzando la guerra, Londres decidió su política a base de un pragmatismo oportunista que sólo por la suerte de las circunstancias dejó de tener consecuencias trágicas. La frivolidad con la que aquellas personas que deberían de haber reconocido el peligro, lo trataban, contrasta con la urgencia de 1940, cuando el nuevo gobernador de la colonia, el general Liddell, suplicó a sir Samuel Hoare, embajador inglés en Madrid, que le buscara tres meses más de paz para fortificar Gibraltar<sup>44</sup>.

<sup>41</sup> FO 371 W14048/62/41 del 21 de octubre de 1936.

<sup>42</sup> Este incidente se encuentra en FO371 W2773/95/41.

<sup>43</sup> Implícitamente, la clase política inglesa recordaba que la primera guerra mundial empezó por una serie de alianzas y garantías, cuando en realidad lo que motivó la entrada de Inglaterra en el conflicto era el hecho de que Alemania no creía que Inglaterra respetase sus garantías a Bélgica. Esta vez, la frivolidad de la posición de las democracias hacia España, hizo que Alemania no creyera en su seriedad hacia Polonia en 1939.

<sup>44</sup> Véase Sir. S. HOARE: *Ambassador on special mission*, Londres (Collins), 1946, p. 93.